HISTORIA DE NADAS

ANDRES BARBA

Ilustraciones de Rafa Vivas

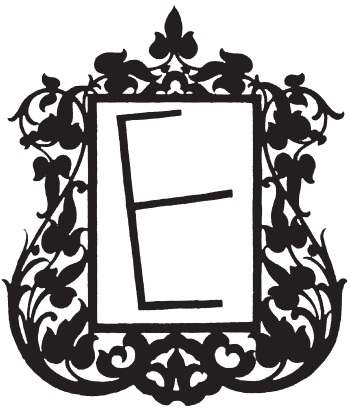
Las Tres Edades **Ediciones Siruela**

A Diana, que es una niña mayor

A Alba y a Jimena, que son dos niñas pequeñas

A Loli, que nos contaba cuentos

ESTO ES NADAS, DONDE NUNCA PASA NADA



El pueblo de Nadas era un pueblo parecido a todos los pueblos. Había en él personas tristes y personas alegres, personas que trabajaban y personas que descansaban. Unos tenían dinero y otros no. Unos tenían hijos y otros no. Las calles eran largas y estrechas y olían a pan.

En el pueblo de Nadas nunca sucedía nada extraordinario. La gente de otros pueblos solía decir: «¡En el pueblo de Nadas nunca sucede nada! ¡Qué tranquilo es el pueblo de Nadas!». Pero a la gente del pueblo de Nadas le gustaba así, y decían: «Es mejor así. ¡Nos gus-

ta tanto nuestro pueblo con sus personas alegres y sus personas tristes, con la gente que trabaja y la gente que descansa! Es bonito nuestro pueblo, no necesitamos que suceda nada, fijaos en los otros pueblos donde suceden cosas, siempre están peleándose».

Nunca nadie se había marchado del pueblo de Nadas. Todos nacían y morían allí, porque estaban muy a gusto. Había prados muy verdes, y encima de los prados muy verdes, flores muy blancas que comían las vacas muy gordas, y encima de las vacas muy gordas, moscas muy negras, y encima de las moscas muy negras, camaleones muy verdes que se comían a las moscas muy negras, y encima de los camaleones muy verdes había un sol enorme como una pelota amarilla.

Y era un gusto el sol. A los habitantes de Nadas les encantaba el sol. Cada vez que salía y no había nubes se tumbaban en la hierba y hacían una fiesta. Las fiestas del pueblo de Nadas eran famosas por lo divertidas que eran. Había una noria y un campo de fútbol, se pasaban el día haciendo juegos y cuando llegaba la noche se iban a dormir y a roncar como troncos, y siempre comían espaguetis.

Durante la fiesta el pintor pintaba cuadros, el panadero hacía bollos, el alcalde hacía leyes, y los niños daban saltos. El único que no estaba contento era el boxeador de Nadas, porque nadie quería pelearse con él cuando había fiesta. Se pasaba el día entero en el ring, con los guantes puestos, gritando:

–¿Pero es que nadie quiere pelearse conmigo? Soy el boxeador más fuerte de todos los tiempos. ¡Mirad qué brazos! ¡Mirad qué piernas! ¡Mirad qué pies! ¡Mirad qué orejas! ¡Mirad qué mirada tan fiera!

–Déjanos en paz, boxeador –le decían–. ¿No ves que hoy estamos de fiesta? ¡No tenemos ganas de pelear!

–Pues si nadie quiere pelear conmigo me voy a ir a otro pueblo.

–¿Y a dónde te vas a ir, boxeador? –le preguntaban.

–Pues a cualquier lado, aquí nadie pelea. Me han dicho que hay un pueblo de boxeadores al otro lado del mar.

–No te vayas, boxeador –le decían–, nos caes muy bien, eres muy simpático, pero sólo quieres pelear y eso es un poco aburrido.

–¡Lo he decidido, me voy! –contestaba el

boxeador, y se bajaba muy enfadado del ring.

Eso siempre ocurría en las fiestas, pero al final nunca sucedía nada. La gente llamaba al alcalde y el alcalde venía rodando desde el ayuntamiento para arreglar cualquier situación. El alcalde era un señor tan gordo que necesitaba dos cinturones para abrocharse el pantalón, por eso le llamaban el alcalde Doscinturones. Tenía fama de ser el alcalde más gordo y más rápido del mundo para arreglar las situaciones. Como era tan gordo iba rodando a todas partes y llegaba antes que todo el mundo. Ya desde muy lejos se le veía venir, como una enorme pelota con unos brazos y unos pies muy pequeñitos. La gente gritaba:

–¡Que viene! ¡Que viene el alcalde Doscinturones! ¡Cuidado! –y como no podía parar siempre se chocaba contra algún árbol.

El alcalde era un tío estupendo. Convencía a todo el mundo hablando y hablando. Siempre estaba hablando el alcalde Doscinturones, y aquel día convenció al boxeador para que se quedara en el pueblo de Nadas. Habló y habló y habló y le convenció. Siempre convencía a todo el mundo el alcalde Doscinturones, por eso era el alcalde.

El alcalde vivía en el ayuntamiento con su madre y con un gato que tenía cola de perro y que hablaba como un mono. Su madre era tan vieja que se había vuelto pequeñita como un garbanzo, por eso la llamaban Garbanza. Decía todo el tiempo: «¡Qué orgullosa estoy de que mi hijo sea el alcalde Doscinturones!». Como era tan vieja tan vieja, se había olvidado de hablar, y sólo sabía decir eso. Si alguien le preguntaba qué quería para cenar contestaba: «¡Qué orgullosa estoy de que mi hijo sea el alcalde Doscinturones!», si le preguntaban si tenía frío contestaba: «¡Qué orgullosa estoy de que mi hijo sea el alcalde Doscinturones!», y si le preguntaban si estaba orgullosa de que su hijo fuera el alcalde Doscinturones decía: «¡Ay, qué orgullosa estoy!».

El alcalde Doscinturones siempre estaba de buen humor porque en Nadas nunca pasaba nada. ¡Estaba tan contento de ser el alcalde de un pueblo en el que nunca pasaba nada...! Todos los demás alcaldes le tenían envidia.